



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Una errata.

SUMARIO

TEXTO

AQUELLA NIÑA...

POR

Luis Taboada

CONTRA CORRIENTE

POR

José Estremera

A UNA QUE SE VA

POR

Juan Pérez Zúñiga

LOS PATOS

POR

Eduardo Bustillo

PETRILLA

POR

Luis de Ansorena

A MIS PAISANOS

POR

Constantino Gil

UN CRÍTICO

POR

Eduardo Benot

LA METAMÓRFOSIS

POR

Sinesio Delgado

CHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

UNA ERRATA

EN LA DELEGACIÓN

POR

Cilla

INFLUENCIA DE LA HISTORIA

EN EL SOMBRERO

(nueve viñetas)

POR

Mecachis

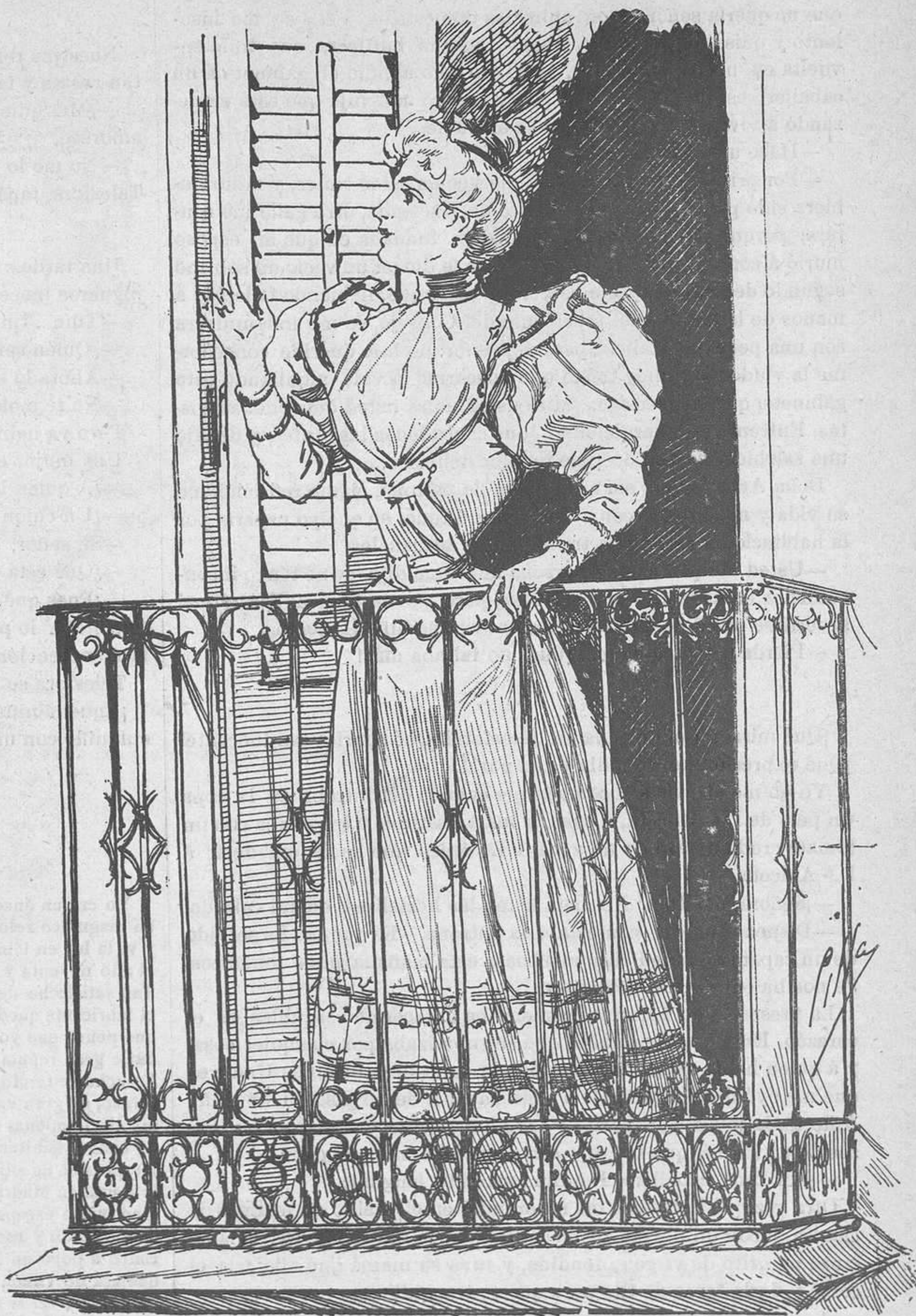
PETRILLA

(tres viñetas)

EL PRIMER CIGARRO

(cinco viñetas)

POR

Cilla

Che. i. te. i. te. o... ¡Cómo! ¿Se enfada porque digo *chitito*? ¡Ah! Es que me he equivocado y he hecho una *o* en vez de la *i* primera... ¡Pobre! ¡y le he llamado *chotito* sin querer, que es lo que le da más rabia!

AQUELLA NIÑA... ⁽¹⁾

I

—¿Es aquí donde se admite un caballero con asistencia ó sin ella?

—Sí, señor; aquí es. Puede usted pasar.

La dueña de la casa era una señora con bigote, que me llevó al gabinete y me dijo, después de invitarme á tomar asiento:

—¿Ha visto usted el anuncio? Nosotras admitimos un caballero decente, porque yo tengo una hija y debo procurar, ante todo, que no vea malos ejemplos...

—Es natural.

—Porque mi hija, aunque me esté mal el decirlo, es una niña sin experiencia, y usted ya sabe cómo está el mundo.

—Sí; está bastante mal.

—De modo y manera que yo no quiero alquilar la habitación al primero que se presente. He tenido buenas proporciones, pero no me han inspirado confianza. Ha venido un joven andaluz, que traía un flemón en el lado derecho, y por esto solo me he negado á recibirle, porque los flemones indican cierta ligereza de carácter; después vino un sacerdote que se quería quedar con el cuarto, pero traía consigo un sobrino sospechoso, y tampoco quise admitirle. Después vino una señora con su perro... ¡Jesús, qué asco! Yo le dije que no quería señoras con animales domésticos, y ella se me insolentó y quiso darme en la cabeza con una butifarra que traía envuelta en un papel... Nada, nada; yo sólo alquilo el gabinete á un caballero estable y decoroso, porque tengo una hija que está empeñado á vivir, y no quiero que se extravíe...

—Hace usted bien.

—Por primera vez en mi vida me veo en estos trotes, y si no hubiera sido por Eguillor, el ministro de Hacienda, otro gallo me cantara; porque yo solicité una viudedad, fundada en que mi esposo murió á consecuencia de un golpe que le dió en un vacío un sobrino según lo de Sagasta, y me parecía natural que, habiendo fallecido á manos de la familia del presidente del Consejo, se me indemnizara con una pensión vitalicia; pero no, señor: no han querido concederme la viudedad, y hoy tengo que buscarme la vida alquilando este gabinete, que es precioso... Mire usted, mire usted qué buenas vistas. Enfrente un guarnicionero, que canta todas las tardes, y debajo una salchichera que despide un olor delicioso...

Doña Aniceta, que así se llamaba la patrona, siguió refiriéndome su vida y milagros, y convinimos, por último, en que yo pagaría por la habitación y asistencia treinta duros mensuales.

—Usted me parece una persona fina—me dijo—y no tengo inconveniente en admitirle en mi hogar; pero ¡por la Virgen Santísima! acuérdesese usted de que mi Telesfora es una niña inocente...

—Pierda usted cuidado... ¡Pues no faltaba más!

II

¡Qué mirada tan dulce la de Telesfora! ¡Qué sonrisa tan inocente! ¡Qué expresión tan sencilla y tan pura!

Yo no me atrevía á incomodarme cuando encontraba en la sopa un pelo de D.^a Aniceta, ó cuando iba á vestirme y tropezaba con un tomate crudo dentro de un zapato. Lo único que hacía era decir á D.^a Aniceta.

—¡Señora, por Dios! No meta usted las hortalizas en mi calzado.

—Dispense usted—contestaba la patrona.—Es que me he servido de un zapato de usted para machacar esta mañana unos tomatitos. Se nos ha extraviado el almirez.

La presencia de Telesfora comenzaba á hacerme cosquillas en el corazón. Era una joven ideal, que se ruborizaba por cualquier cosa, y á quien había que tratar con toda la delicadeza posible. Una vez que me oyó decir «¡carapel!» á consecuencia de un pisotón de doña Aniceta, la joven se ruborizó y tuvo que ocultar el rostro en los brazos de su mamá, que me dijo con acento de reconvencción:

—¡Por Dios, caballero! Reprima usted su lenguaje.

Otra vez que Telesfora me sorprendió en el pasillo en mangas de camisa, y con un pie sin babucha, porque se me había extraviado, lanzó un grito de virgen ofendida, y tuvo su mamá que aflojarla el corsé y darla tazas de tila para que se tranquilizara.

Si alguna vez venía á traerme el espejo ó el cepillo, ó cualquier otro chisme indispensable, antes de entrar en el cuarto preguntaba desde la puerta:

(1) Del libro *El mundo festivo*, recientemente publicado.

—¿Se puede?

—Adelante—contestaba yo.

—¿Está usted visible?

—Sí, hija, sí.

Y tenía que envolverme en la colcha ó esconderme detrás de una butaca, á fin de no herir la honestidad de Telesforita, que dejaba el chisme sobre la mesa de noche y echaba á correr sin volver la cabeza.

—¡Qué criatura tan casta y tan interesante!—decía yo á solas.

Y pensé seriamente en unir mi existencia á la de aquella mujer incomparable. Un hecho altamente significativo vino á resolver el asunto, y no pensé más que en la dicha de ser esposo de Telesfora.

Hallábase en el comedor haciendo arroz con leche, pues éste era uno de sus platos favoritos, tal vez porque el arroz con leche viene á ser una especie de símbolo de la dulzura doméstica, cuando entró su mamá diciendo:

—Telesfora, cuando acabes de hacer el arroz, ocúpate en reparar esto.

Y presentó á su hija unos calzoncillos de mi pertenencia.

—¡Horror!—gritó Telesfora palideciendo; y cayó de bruces sobre la mesa, introduciendo las narices en el arroz.

—Sí, sí—me dije á solas.—Esta chica es un ángel, y yo debo hacerla mi mujer, sin ningún género de duda.

III

Nuestras relaciones marchaban viento en popa. ¡Qué relaciones tan castas y tan interesantes!

—¿Me quieres?—la preguntaba yo en momentos de deliquio amoroso.

—No me lo preguntes, que me da mucha vergüenza—contestaba Telesfora, tapándose la cara con la cestilla de la costura...

IV

Una tarde... una tarde Telesfora y yo nos mirábamos como dos jilgueros inocentes, sentados el uno frente al otro.

—Tilín... tin... tin...—hizo la campanilla de la escalera.

—¿Quién será?—dijo Telesfora.

—Ahora lo sabremos—contesté yo, dirigiéndome á la puerta.

—No te molestes..

Pero ya había yo levantado el pestillo.

Una mujer entró en la habitación con malos modos, gritando:

—¿Á quién le dejo yo este chiquillo?

—¿Un chiquillo?—exclamé asustado.

—Sí, señor; el niño de la señorita Telesfora.

—¿Qué está usted diciendo?

—¿Pues qué? ¿No sabe usted que ha tenido una criatura con un *tiniente*? Y lo peor es que hace dos meses y medio que no me pagan la manutención, y vengo á dejarlo...

Telesfora se tapó la cara con el tapete de la mesa del comedor.

¡Aquella niña... aquella niña candorosa y pura había tenido un chiquillo con un teniente de la reserva, casado y feo!

Luis Calvoada.



CONTRA CORRIENTE

Yo era un áncora preciosa, un magnífico reloj, y vi la luz en Ginebra el año noventa y dos. Tan satisfecho de mí el fabricante quedó, que pensó que yo podría darle gran reputación. Estuche de terciopelo y raso, de gran valor, me sirvió apenas nacido de cuna y habitación. Después en un sitio céntrico la gente en Madrid me vió á un lujoso escaparate dando brillo y esplendor. Entró á poco un forastero que era de Villamelón y dijo:—A ver si me dan el cronómetro mejor de cuantos haya en la tienda, y fué el elegido yo. En el pueblo, como siempre,

andaba yo con el sol, y nunca mi minuterio ni un segundo discrepó. Pero el reloj de la iglesia del inmundo lugarón siempre tuvo la tendencia de atrasar de un modo atroz. Con él los otros relojes iban, por la cual razón, como que al astro del día mi conducta se ajustó, mi amo se desesperaba y con un gesto feroz al mirarme murmuraba siempre:—¡Maldito reloj! Hasta que, furioso un día, me tiró por el balcón al tejado de la iglesia, donde gimo y lloro yo pensando:—Más me valiera dejar de ajustarme al sol, comprendiendo que vivía con los de Villamelón.

José Estremera.

En la delegación.



—¿Cómo se llama usted?
 —Me llaman Luisa la Colorada, pa servir á usía.
 —¿Profesión?
 —Eso salta á la vista. Las labores propias del sexo.

Á UNA QUE SE VA

¿Conque es verdad, Amalia? ¿Conque no es broma que como un peregrino te determinas á unirte á los obreros que van á Roma? ¡Siempre tuviste ideas muy peregrinas!

Ya sé que te has comprado, mujer ingrata, una gorra, una blusa y unos calzones, y que vas, aun temiendo meter la pata, á recibir del Papa las bendiciones.

El que así te disfraces nada me choca, puesto que ya sé que eres un marimacho; ¡pero á quién se le ocurre más que á una loca irse á Roma vestida como un muchacho!

Dices que por ver tierras, querida Amalia, te desprendes con gusto de tus dineros; pero á mí se me antoja que vas á Italia sólo por *codearse* con los obreros.

Goza lo que tú quieras día tras día junto al monte Aventino y el Vaticano. ¡Tú no sabes qué poco me importaría que cargase contigo cualquier romano!

Aunque tú no me digas «yo me las guillo», no creas que me enfada tu jugarreta. ¡Harto sé que te falta más de un tornillo, y por eso te *zumbo la pandereta!*

No me importa que digas á León trece que á menudo me sacas de mis casillas, y hasta puedes contarle, si te parece, que te he roto tres palos en las costillas.

Sólo un favor te pido, mi bien amado, para evitar disgustos trascendentales, y es que tengas en Roma mucho cuidado de que no te descubran los cardenales.

Juan Pérez Zuñiga.

LOS PATOS

Cerca del espacioso estanque del Retiro, cuya agua mueve el aire formando suaves rizos, está un joven incauto, que es, por su aspecto, un niño, y un grupo de chiquillas contempla embebecido que, al férreo balconaje llegando con bullicio, de patos es reclamo alegre y expresivo.

Plume escuadrilla forman los ágiles palmípedos que van donde los llama el femenino grupito, y, á golpes de aletazo ó á picotazo limpio, dispútanse migajas de hambrientos con ahinco.

Esbelta niña rubia de tres lustros cumplidos, que es en *pato*-logía doctora, aunque sin título, las migas á los patos arroja con tal tino, que dan siempre en el centro cuando ellos forman círculo.

Se acaba el pan; los patos se quedan muy mohinos; la rubia se pasea y en pos lanza suspiros

aquel incanto joven cuyo amoroso instinto vió allí, por vez primera, despierto su apetito.

Pasa el tiempo; la rubia viste de largos tiros, y en el salón espléndido de gracia es un prodigio: y bípedos implumes, y entre ellos *aquel chico*, dispútanse agasajos de aquellos labios lindos.

Ella es una coqueta de padre y señor mío, cuyas palabras dulces dan en el centro mismo de aquel corro de patos, de pan de amor mendigos, que nunca ven las burlas detrás del abanico.

La rubia se divierte con ver el rebullicio y hasta las bofetadas de amor tan competido.

Y el joven del estanque que fué el primer cautivo que allí batió sus alas antes de abrir el pico, sufriendo desengaños, está muy convencido de que es, entre mujeres, el hombre un pato indigno.

Eduardo Bustillo.

Influencia de la historia en el sombrero.



La Inquisición aguzó los birretes, capelos, gorras, cascos, etc., etc., porque el miedo lo aguza todo.



Y á fuerza de chamusquinas quedamos en la flanera de Felipe II.



Cuando el sol no se ponía en los dominios españoles, el sombrero se ensanchó extraordinariamente con orgullo.



Pero vino Carlos IV, y hubo que recoger velas.



La invasión francesa nos aplastó repentinamente.



Con las Cortes de Cádiz, que habían de traer cola, hicimos un pinito atrevido y pícaro.



Con las guerras del absolutismo y la libertad se nos pusieron los pelos de punta.



Después, con los cambios políticos transcendentales y rápidos, de revolución, república, monarquía, interinidad, etc., se nos desarrolló una dulce flexibilidad de carácter.



Y últimamente, con motivo de nuestro reciente y magnífico triunfo en Marruecos, volvemos á tomar cierta preponderancia en la copa... y Dios nos la conserve.

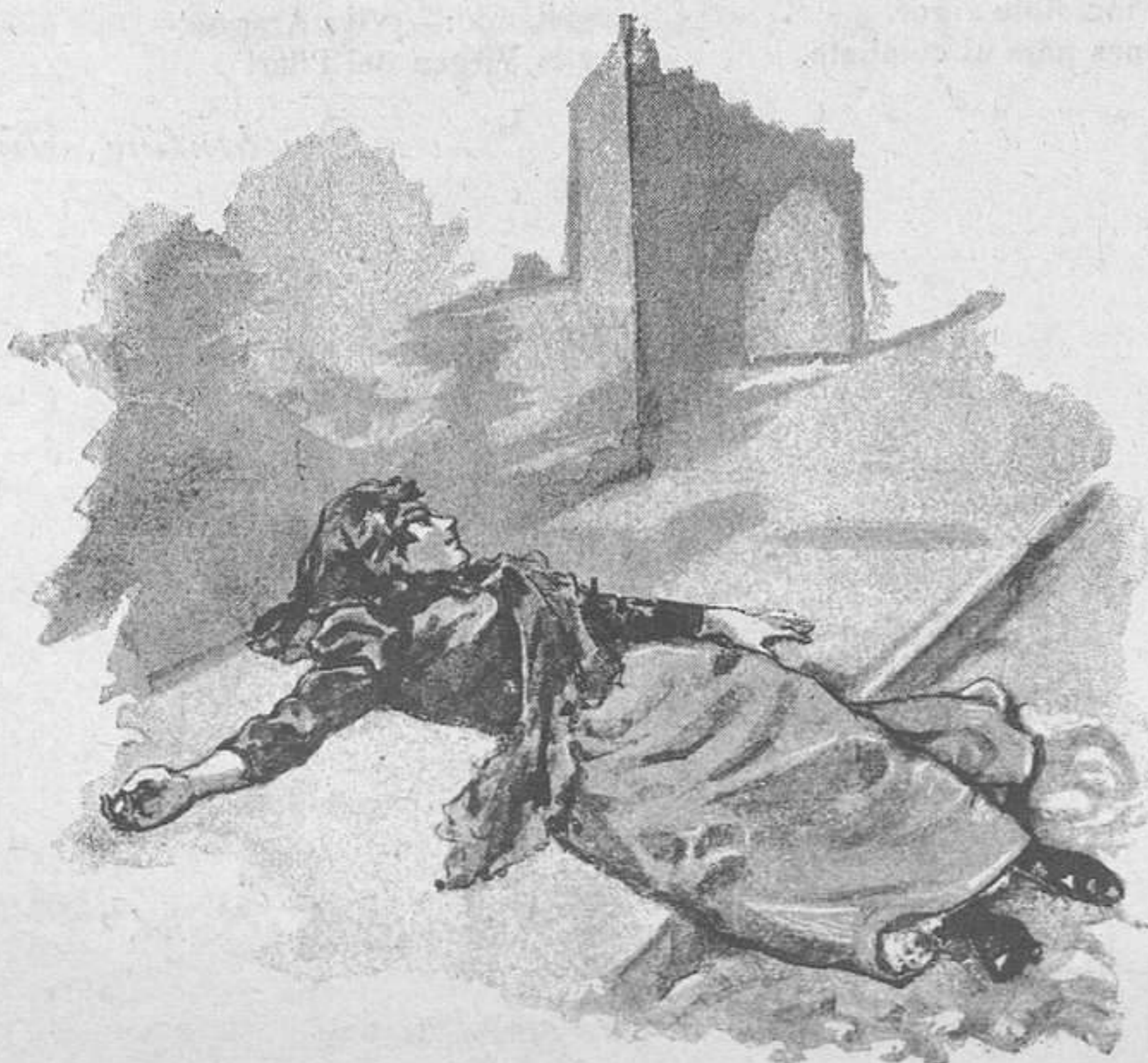


Petrilla.

Conocí á Petrilla en casa de Rosa; como ésta, era modista. Dos hermosas muchachas rebosando salud y franca alegría, con algo de madrileño desgarro, pero con una honradez á carta cabal. Amábanse como hermanas; vivían juntas en una buhardilla llena de sol, de flores y de jilguerillos, y trabajaban en el mismo taller. Ninguna de ellas había conocido á sus padres; tenían la misma edad, iguales aficiones é idénticas costumbres. Tristes no recuerdo haberlas visto nunca, ni enfermas tampoco.

Estudiaba yo el último curso de derecho cuando me enamoré de Rosa, jurándola un amor eterno que ella admitió con extraordinario é infantil júbilo. Hablando lealmente, no me llevó á aquella chica ningún pecaminoso proyecto, sino el impulso de una verdadera simpatía. Sin dengues me abrió la puerta de su buhardilla, como la que nada recela, ni le importa lo que diga la gente, segura de su virtud y libre en sus actos... No lo creeréis, pero aquéllas relaciones entre un estudiante y una modistilla fueron de una castidad sin ejemplo. Nuestros cuerpos y nuestras almas salieron de ellas vírgenes de todo pecado y con la pureza de los ángeles. Al terminar yo la carrera, mi padre me llamó á su lado. Permanecí en el pueblo tres años embruteciéndome en el casino y leyendo novelas de folletín. Durante este tiempo la imagen de Rosa fuese desvaneciéndose en mi memoria hasta perder sus contornos y no ser más que una leve sombra de algo para siempre muerto... Cuando volví á Madrid, decidido á conquistarme un nombre y una posición, maldito si me acordaba de las alegres modistillas ni del desván de los pájaros. Estos recuerdos de mi vida estudiantil hubieran sido cosa poco seria en el hombre ya hecho, formal y que no creía empresa ardua llegar á ser diputado, gobernador y hasta ministro. En mi cerebro y en mi corazón había nacido algo de ese corcho que forma los grandes hombres políticos.

La casualidad me puso de nuevo delante de Petrilla. Dirigíame una noche del café á mi casa. Al pasar por una estrecha calle vi una mujer que se tambaleaba, abría los brazos y caía al suelo como muerta. Me acerqué á socorrerla. Había caído la infeliz de espaldas y estaba herida en la cabeza... Tan rudo fué el golpe que dió contra las piedras. La oscuridad de la calle me impidió verla el rostro. La hablé, animándola, y no me respondió. A mis voces pidiendo auxilio acudió el sereno y entre ambos la llevamos á una botica cercana. A la luz del gas pude verle la cara... Era horrible, monstruosa, surcada de hondas cicatrices... Curada su herida y reanimada un poco,



abrió los ojos que clavó en mí con insistencia. Después, rompiendo en amarguísimo llanto me tendió la mano, que yo estreché creyendo que me daba las gracias por mi auxilio.

—No es extraño que no me conozca usted—me dijo entonces; y como yo respondiera que en efecto no recordaba de ella, añadió:

—Pues soy Petrilla... la amiga de Rosa.

Y lo dijo con tanta tristeza, con desconsuelo tan hondo que no supe qué responderla. ¡Petra! ¡La alegre chiquilla de otros tiempos, convertida en un monstruo de fealdad, cayendo en el barro de la calle como un pingajo, hablándome entre lágrimas y mostrando un mundo de desesperación y de cansancio! El corcho que, como he dicho, comenzaba á cubrir mi corazón, agrietóse al contacto del gran dolor que presentía y dejó paso á éste que tocó en blando. Sentí en todo mi cuerpo un escalofrío intenso, y estrechando cariñosamente la mano de Petrilla, le dije:

—Vamos... No sea usted niña... No llore usted... Hay que ser fuerte.

Como la joven se sentía mejor, se dispuso á salir de la botica, suplicándome que la acompañase. Accedí y salimos.

—Vamos á mi casa—me dijo.—No está lejos... Quiero contarle á usted... Es muy triste lo que me ha pasado.

—¿Y Rosa?—le pregunté.—¿Vive usted con ella aún?

—No... Vivo sola... Rosa se casó... Cuando usted dejó de escribirla se puso muy triste... Le quería á usted... pero convencida de que aquellos amores habían muerto, se fué consolando poco á poco... En fin, se casó con el hijo de un cosechero de Infantes, y allá se fué con su marido... Creo que es muy feliz... Tiene un niño... En su última carta me decía que ha engordado tanto que está asustada... Quiere que me vaya con ella... Su marido también lo desea... Pero yo no... Estoy bien aquí... ¿Para que voy á ir?

Todo esto lo dijo Petrilla rápidamente, como si el recuerdo de' pasado la molestara y las palabras que á él se referían quemasen sus labios. Iba yo á su lado silencioso, confuso, un poco aturdido deseando conocer su historia desde que me aparté de ellas; pero sin atreverme no obstante á preguntar nada. Como he dicho, adivinaba un infinito dolor, y acontéceme con éstos lo que con los enfermos heridos de muerte. Me falta valor para hablarles de su enfermedad. Creo que en tales casos las palabras dejan en el espíritu afligido una huella negruzca cual la de los dedos sucios en la tersura del raso...

Petrilla fué la primera que habló del asunto.

—En cambio yo—dijo—he sido... Soy muy desraciada... A poco de casarse Rosa me enamoré de un hombre... Era artista... un pintor. Empezaba entonces su carrera, pero ya hablaban de sus cuadros como de cosa de gran mérito... Confieso á usted que Manuel me volvió loca... El parecía quererme... seguramente me quería... Nadie

me arrancará ésta ilusión, que es la única que conservo... Si aquellas palabras, si aquellos juramentos, si lo que yo veía en sus arrebatos de pasión, en sus ojos, en su frente, en todo él, era mentira, tendría que pensar que á veces Dios se complace en burlarse de las criaturas de un modo cruel, como si las odiase por haberlas hecho... ¡Y esto no puede... no debe ser! ¿verdad?... Manuel me amaba... me amaba como yo á él... Hace un momento, cuando sentí ese vértigo que me acomete á menudo, desde que recibí el golpe más rudo de mi vida, iba pensando en ello... Convenciéndome de que lo que ha pasado es algo extraño, anormal... que vino porque sí, como vienen esas cosas, y que si no hubiera sucedido, Manuel seguiría queriéndome... No... él no tuvo la culpa... No sé explicarme, pero usted lo entenderá cuando lo sepa todo.

Se detuvo á la puerta de una casa de mezquina apariencia.

—Aquí es—dijo.

Subimos. Al llegar al piso tercero Petrilla añadió:

—Va usted á entrar en un desván semejante á aquél en que vivíamos Rosa y yo... Solamente que éste es más triste... No hay ni pájaros, ni flores, ni sol, ni alegría. ¿Ni para qué los quiero?

La habitación, con efecto, era muy pobre y muy triste. Muebles pocos y deslucidos, y por único adorno de las paredes el retrato de un joven, en un marco de pajas entrelazadas con cintas de colores.



—Es Manuel—dijo Petrilla, siguiendo la dirección de mi mirada.—Se hizo ese retrato poco antes de...

Aquí se detuvo suspirando. Hizo un esfuerzo y añadió al fin:

—Poco antes de quedarse ciego.

—¡Ciego!—exclamé estremeciéndome... ¡Se quedó ciego!

—Sí... El que hacía del color su vida, el que se arrojaba ante el paisaje, luchando por trasladarle al lienzo; el que llevaba en el cerebro un mundo de imágenes luminosas, el que había nacido para ver y copiar lo visto, quedó ciego, sin esperanza alguna, baldío para su arte, lleno de sombras y de desesperación... Como un muerto... ¡peor que un muerto! Por la salvación de mi alma le juro á usted que pedí á Dios mil veces que me quitase la vista para dársela á Manuel... Ya ve usted—añadió Petrilla con amargura sarcástica,—siendo Dios dueño absoluto de toda la claridad del cielo, ¿qué le importaba mandar un rayo de luz á unos ojos, quitándole, si así lo quería, de los míos? Si no ha hecho la luz para los ojos de un pintor, ¿para qué la ha hecho? Pues nada, no quiso... ¡Es inconcebible... pero no quiso!

Como todo el que ha perdido un bien en el que no pensaba cuando le poseía, Manuel recordaba el tiempo feliz en que veía y los objetos vistos... Mi rostro más que nada... «Para verte á tí, solía decirme, no me hace falta la vista, porque lo que entra en el corazón se ve siempre aunque cieguen los ojos. Con tocar tu cara siento tu hermosura, esa hermosura que me ha enloquecido.» Y yo, amándole más cuanto más desdichado le veía, procuraba consolarle, fortalecerle en la amarga prueba, jurándole una y mil veces que era toda suya, que siempre estaría á su lado, y que no tuviese temor ni sospecha de mi cariño, pues si le faltaba luz en los ojos, la de su alma era suficiente para abrasar la mía y deslumbrarla... Mire usted, no sé qué pasaba por mí, pero lo cierto es que yo, mujer zafia é ignorante, encontraba acentos de exquisita ternura, de sublime poesía que daban consuelo al pobre ciego de mi alma!

Y así vivimos un año, hasta que yo caí enferma...

Hizo Petrilla una pausa larga, como si necesitase tomar fuerzas antes de seguir su narración. Después fijó una larga mirada en el retrato de Manuel y, pasándose la mano por la frente, sonrió con amargura y dijo:

—El primer escalofrío de la fiebre me produjo el presentimiento de un mal seguro é inevitable... No me engañaba... A los tres días de caer en cama, el médico declaró á una amiga que me asistía que la enfermedad era muy grave; que la vida tal vez podría salvarse, pero mi belleza era imposible. Mi rostro quedaría desfigurado, monstruoso, comido por la viruela que se presentaba con una intensidad terrible.

¡Viruela!... Yo lo oí, y temblando de pavor, loca de angustia, prefiriendo la muerte á los resultados que me anunciaban, supliqué al médico y á mi amiga que callasen, que nada dijeran á Manuel de la clase de mi enfermedad... ¿Por qué hacía esta súplica? Difícil me

hubiera sido responder entonces; pero un temor horrible y una duda infinita se aferraban á mi espíritu apretándole como unas tenazas de hierro... ¡Si Manuel supiese!... Pero ¿qué importaba? ¿Acaso él podía apreciar la transformación de mi rostro?... Y sin embargo, ¡si supiese!...

Lo supo... No era fácil ocultárselo... Conforme anunció el médico mi rostro quedó desfigurado... La viruela no pudo con la vida, pero se llevó la hermosura... Y al poco tiempo... al poco tiempo...

Nueva pausa y nueva mirada al retrato de Manuel.

—Yo no le acuso... Sigo creyendo en su cariño de otro tiempo, pero ¿verdad que es horrible? Llegué á comprender que mi pobre ciego no era feliz á mi lado... Que aquel rostro que el decía llevaba en el corazón, estaba quizás en él... pero agujereado por la viruela, y que así le veía el ciego con los ojos de la imaginación; que ya no le inspiraba amor, sino lástima; y huí de su lado; rompí la cadena... Sí... ¡yo misma la rompí! ¡Yo me aparté del que no volvió á buscarme!... Repito que no le acuso—concluyó Petrilla,—pero convengamos en que es muy triste que el hombre para amar necesite la hermosura, ¡aunque no la vea!... ¡aunque no pueda verla nunca! y que desde el momento en que le digan «¡Ya no existe!» ¡deje también de existir el amor!

Luis de Ansorena.



Á MIS PAISANOS ⁽¹⁾

Como no puedo asistir
al banquete colosal
en que os vais á reunir,
lo que pensaba decir
lo diré por mí Vital.
Y ya que yo no concurre,
le he dicho:—Pues anda tú,
aunque no seas baturro.—
¡Yo había de hacer el bul...
(Abreviatura de burro.)
Vital va á hacerme el favor
de servirme de lector;
y aunque yo lo diga mal,
puesto en boca de Vital
os parecerá mejor.

.....
.....

¡Oh, Zaragoza sin par,
nunca te podre olvidar!
Á todas horas te veo
con tu torre de la Seo,
y tu Virgen del Pilar.
De aquella ciudad querida
llevo siempre en la memoria
la dulce sombra dormida;
que su gloria es nuestra gloria,
la gloria de nuestra vida.
Aquí el Coso, allá Torrero,
abajo el Ebro bramando
y el Arrabal bullanguero;
y aquella jota, cantando,
que aquello es el mundo entero.
¿Pues y las aragonesas?
Tan hermosas, tan sencillas,
más dulces que las camuesas.
¿Dónde hay mujeres como esas
y con esas pantorrillas?
¡Qué ternura, y qué valor!
La patria en sus ojos late
con increíble vigor.
Leonas para el combate,

palomas para el amor.
Todo es grande y singular
en aquella tierra hermosa.
La Aljafería, el Pilar
y el Ebro, que va á Tortosa
para darle miedo al mar.
Dulces recuerdos de ayer,
silueta de aquella casa
donde me tocó nacer:
¿por qué no habéis de volver,
como música que pasa?
¡Padre mío y madre mío!
¡Cuánta poesía había
de vuestro hogar en la calma!
¡Con qué placer os vería,
pobrecitos de mi alma!...
Mi juventud, mis amores,
todos pasaron allí.
Mis cantares, los mejores,
todos te los debo á tí,
que los llenaste de flores.
Allí, en el santo Pilar,
me enseñaron á rezar;
allí vi la luz del día.
¡Ay, Zaragozica mía,
nunca te podré olvidar!
Y allí quisiera morir,
porque en esa tierra sola
puedo tranquilo dormir;
que ésa es la tierra española
que nunca se ha de rendir.
Por eso sois mis paisanos,
más que amigos, mis hermanos;
y donde quiera que estemos,
allí nos abrazaremos
todos los zaragozanos.
Ahí os va mi corazón,
y basta ya de canción,
pero dejadme acabar
gritando:—¡Viva Aragón
y la Virgen del Pilar!

Constantino Gil.



Un crítico.

Cuentan que un día Júpiter, cargado
de que faltas en todo Zoilo hallara,
hizo llamar á Venus, y le dijo
que ante Zoilo, desnuda, se mostrara.
«¿Qué tal? á Zoilo demandó el Tonante.
Al fin habrás de confesar que viste
la perfección de la beldad delante,
y algo sin tacha en realidad existe.»
«Y ésta es Venus?» — «¿Qué falta has percibido?»
«Que, al entrar, con los pies hizo ruido.»

Eduardo Benot.

(1) Composición leída por Vital Aza en *La fiesta de la Jota*.

LA METAMORFOSIS

Era la Encarnación una criada
de una belleza *que metía miedo*;
¡la chula más salada
que ha pisado la villa coronada
de Chamberí á la ronda de Toledo!

Con un aire atrevido y descocado
se llevaba de calle al más pintado,
y no hubo señorito á quien sirviera,
ni viudo, ni soltero, ni casado,
que no buscara ansioso la manera
de rendir su virtud firme y entera.

Pero ¡inútil empeño!
porque más que garbosa y resalada
la chulilla era honrada,
y el alma conservó libre y sin dueño,
¡hasta en las tentaciones violentas
de los Cuatro caminos y las Ventas!

Y hete que un día un chico
bien educado, y elegante y rico,
por la constante resistencia loco,
se enamoró de veras poco á poco.

Y se casó con ella entusiasmado
por aquella belleza soberana,
y aquel aire resuelto y descocado
de hembra de *buten* y mujer *barbiana*.

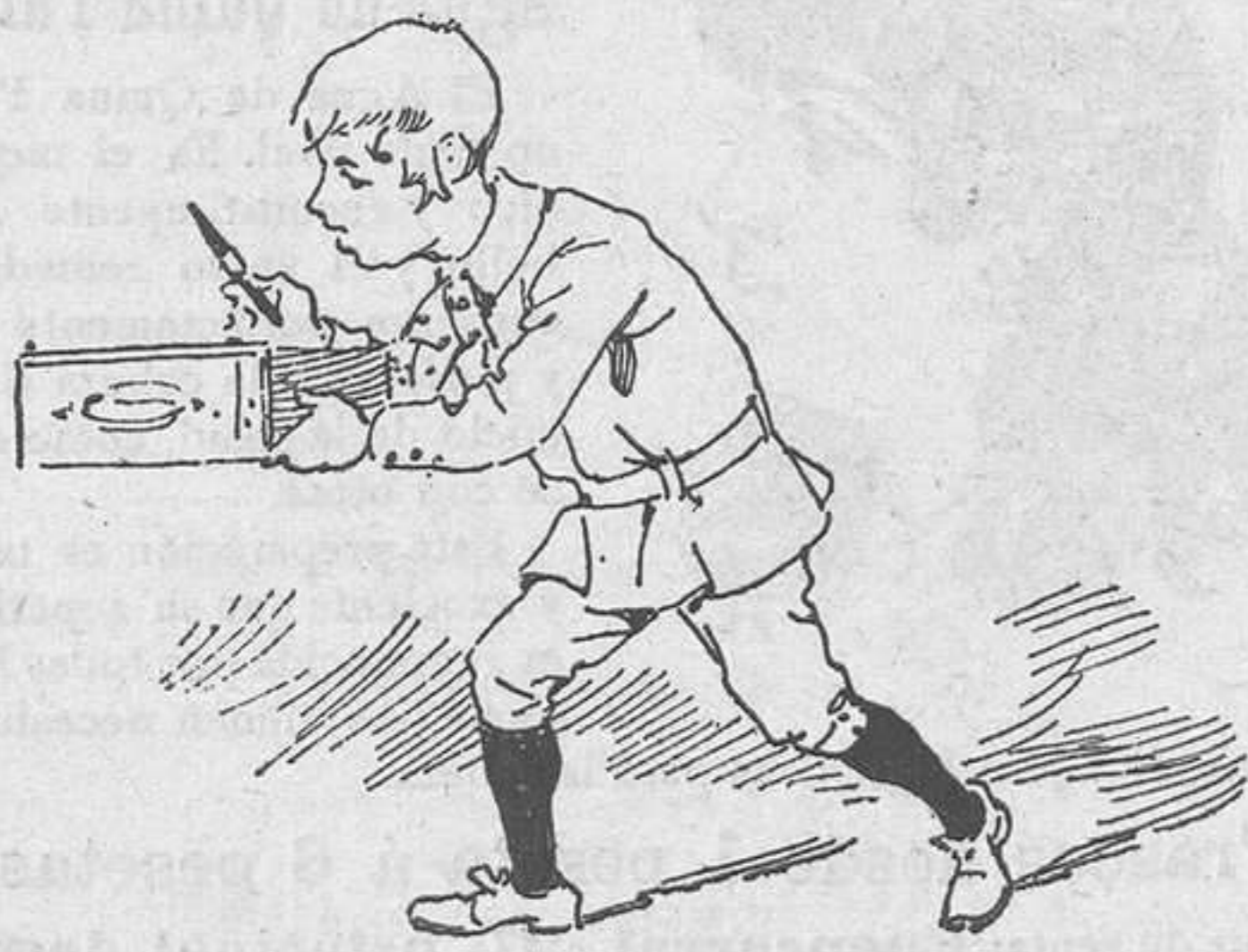
Desde aquel punto y hora
cambió la Encarnación, porque el marido
digna la quiso hacer de su apellido
sacando de la chula una señora.

Y ¡oh cruel desencanto!
la finura, adquirida de repente,
la robó el descarado continente
que su hermosura realizaba tanto.

Y él, que había soñado con la gloria
de un amor como hay pocos en la historia,
vió su pasión perdida en el reposo
de un cariño vulgar, tranquilo y soso,
quitando á su mujer la chulería,
¡que era lo más bonito que tenía!

Sinesio Delgado.

El primer cigarro.



—Ahora que no hay nadie en casa, voy á probar á qué sabe esto.
Siendo uno solo, no lo ha de echar de menos mi padre...



—¡Ajajá! Da gusto. ¡Luego dirá mi hermana que no soy un hombre!



—¡Y qué mal ¡sabel! Debe ser al principio nada más...



--Pues no es solo al principio. ¡Qué dolores! ¡qué angustias! ¡Ay!
Yo no sé lo que siento.



—¡Me muero! ¡Me muero sin remedio! ¡Bien decía mi hermana
que yo no era un hombre todavía!

CHISMES Y CUENTOS.

No se puede negar que la medicina ha progresado extraordinariamente.
Porque, pongo por caso, aparece un cadáver en la vía pública, le reconocen los forenses y certifican con gran copia de datos que la muerte ha sido producida por asfixia; le examinan después los peritos nombrados por la defensa, y dicen que no ha habido tal cosa, fundados en no menos poderosas razones.

De modo que díganme ustedes si está en mantillas una ciencia que permite sostener con argumentos apoyados en la observación dos conclusiones distintas.

Como no se podrá negar que la aritmética ha llegado á su apogeo el día que un individuo pueda probar que tres y dos son cinco, y otro que tres y dos son siete...

Un anuncio:

«Se necesita una buena doncella.»

Lo cual que podemos firmar todos los presentes.

Maresita mía

¡qué cosa tan rara!

Un materialista tiene el pensamiento
de romperme el alma.

EMILIO C. OLARAN

Otro anuncio:

«Joven de treinta y dos años, de intachable conducta, muy activo y práctico en asuntos mercantiles é intachable conducta, desea asociarse ó con-

traer matrimonio con viuda ó soltera (con ó sin hijos) y con capital para instalar grande y muy seguro negocio mercantil é industrial.»

Ahí tienen ustedes un joven de intachable conducta que se parece extraordinariamente á la romana del diablo, en que carga con todas. ¡Hasta con las solteras con hijos!

Del corazón es del que no se puede decir nada malo.

¡Es todo amor!

Nuestro amigo y distinguido colaborador D. F. Serrano de la Pedrosa ha empezado á publicar una serie de tomos bajo el título común de *El derecho del pataleo*. En ellos tratará bajo un punto de vista originalísimo y nuevo una porción de asuntos interesantes: la política, la administración, el parlamentarismo, la prensa, el teatro...

De la *política* trata el primero, y la fina sátira que rebosa en él, el profundo conocimiento de la materia, el estilo vigoroso, enérgico y *suelto*, la novedad de las apreciaciones y la sinceridad con que están expresadas, le dan una amenidad y un interés extraordinarios.

Compren ustedes este tomo y lo leerán de *una sentada*. Es cuanto puedo decir en su elogio.

— Como te he dado un beso,
me dice el cura
que voy á condenarme
por mi locura.
— Pues si eso es cierto,
toma, y no te condenes,
te lo devuelvo.

¡Qué solos están los muertos!
dijo ha tiempo un escritor.
¡Qué solos están los vivos
si son pobres! digo yo.

RICARDO GUERRA ESPEJO.

La importante casa editorial de música de los Sres. Juan Bautista Pujol y Compañía, de Barcelona, abre un certamen público para libretos de zarzuela en un acto, de uno ó más cuadros, y en prosa ó verso. Se otorgarán dos premios: primero, de *mil pesetas*; segundo, de *quinientas pesetas*. Podrá no optarse á este último. Las obras premiadas se estrenarán indistintamente en uno de los teatros de Madrid. Los autores cederán sus libros en completo dominio á los Sres Pujol y Compañía, pero éstos les reservarán los *derechos de representación*, según la tarifa establecida. El plazo para la admisión de manuscritos finirá el 31 de Mayo. Pueden pedirse las condiciones detalladas de este interesante certamen á los Sres. Juan Bautista Pujol y Compañía, editores de música, Puerta del Angel, 1 y 3, Barcelona, ó en Madrid á D. Juan Navarro, San Pedro Mártir, 4, segundo.

Manos á la obra, pues, señores libretistas, y buena suerte.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Perro chico.—¡Rediós, y qué mala idea tiene usted de los consonantes! Los dedos se le figuran huéspedes, porque es de advertir que esos versos habían de ser aconsonantados por fuerza, y... por casualidad salen un par de ellos.

Cabezota.—Perdonadle, Señor, ¡no sabe lo que se *sonetea*!

Jep.—Inocente y cándida como ella sola.

Zarazüeta.—Tres vulgaridades como tres murallas ciclópeas.

K. D. T.—Lo siento, pero no puedo aprovechar ninguno.

K. C.—¡Olé por las composiciones románticas! Pero con romanticismo de esa clase tiene gracia cualquiera.

Requinto.—¡Válame Dios, y qué majaderías se les ocurren á algunos instrumentos de madera... con ojos!

Robinson.—Había de estar diez años seguidos diciendo «¡qué malo! ¡qué malo!» y no acabaría de decir lo malo que es eso.

Sr. D. M. J. C.—No están mal medidos, pero con eso sólo no hacemos nada. Necesitan además soltura, facilidad y... asunto.

Ki-ki.—Poquita gracia y el romance no muy sonoro precisamente.

Cantero.—¡Dónde vas con quintillas sin gracia?

¿dónde vas con ocho hojas ó diez?

¡A causarme dolor de cabeza

y á pudrirte en el cesto después!

Un principiante.—No tiene nada de particular absolutamente más que un verbo *haber* escrito sin hache.

Sr. D. A. R.—Llegaron, pero por su mucha extensión (dada la pequeñez del asunto) no las puse en turno, como hubiera sido mi deseo.

Sr. D. R. G.—«Y arrullándome con besos y caricias.»

«Descansé dichoso y al volver del sueño.»

«¡Ay! en este cuadro descubrió mi mente.»

«El es el tallo, su rosa encantadora.»

¿Ve usted esos cuatro versos así, en letras de molde? Pues á pesar de eso tienen más sílabas de las que permite el reglamento.

Sr. D. A. L.—Es poquita cosa y demasiado diluída, ¿usted comprende?

Calavera.—Bueno, pues haga usted todas las calaveradas que quiera, menos décimas glosadas, porque eso es gana de perder un tiempo precioso.

Sr. D. P. G.—Como usted comprenderá, nada menos apropiado para este periódico que una composición de esa índole.

Cmbalo.—¡Una luna de zafir

que se refleja en el río!...

¡Me va usted á hacer reir

y tengo el labio *partol*!

Asepsia.—Sí señor, tiene usted cierta gracia y soltura para hacer humorditas de ese género. Conque adelante con los faroles.

P. Lusa.—Esta vez... no puedo insertar nada.

Sr. D. J. A.—Habana.—Un millón de gracias, ¡usted me favorece!

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

HIGIENE DE LA CABEZA

Agua de Quina Palomar.

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de

hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Frascos desde 1 peseta á 6 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha.

Perfumería.

Por mayor: MELCHOR GARCIA, Capellanes, 1 duplicado.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 934.